



Por qué ha declinado la violencia

Why violence has declined

Así hallamos en la naturaleza del hombre tres causas principales que llevan al enfrentamiento. Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; y tercera, la gloria. La primera impulsa a los hombres a agredirse para lograr un beneficio; la segunda, para lograr la seguridad; y la tercera para ganar reputación.
Thomas Hobbes, *Leviatán* (cap. XIII)

■ Alonso Gil Salinas* y José Luis Puerta

■ Steven Pinker, psicólogo experimental de la Universidad de Harvard, suele iniciar las presentaciones de su libro *Los ángeles que llevamos dentro*¹, que a lo largo de más de 700 páginas recoge un abrumador número de estadísticas y gráficos, comentando que, aunque parezca increíble, la violencia padecida por el ser humano ha ido reduciéndose a lo largo de los siglos. Y, pese a que esta disminución no ha sido constante ni se puede garantizar que continúe, el hecho es que posiblemente estemos viviendo en la época menos violenta de la larga historia de nuestra especie.

Esta reseña, además de recoger el planteamiento general de la obra mencionada, se centra en aquellos hechos que son menos conocidos o que, incluso siendo de dominio público, no se han interiorizado lo suficiente para asombrarnos del cambio que hemos experimentado. Por ejemplo, es fácil suponer que con la cantidad de muertes habidas durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, o las atribuidas a la instauración del comunismo en la Unión Soviética o China, el siglo xx debió ser el más violento de la Historia. Sin embargo, esto no es así. Pues, aunque ambas guerras han sido las más devastadoras de todos los tiempos, no podemos obviar que la población mundial que las sufrió era mucho más numerosa que la existente en épocas anteriores. Por lo tanto, para poder hacer comparaciones, tenemos que empezar preguntándonos cómo medir el «grado

* El autor es ingeniero químico por la Universidad Iberoamericana (Ciudad de México) y MBA por el Instituto Tecnológico de Monterrey. Reside en España y trabaja como consultor.

El sacrificio de Isaac (1635)
de Rembrandt Harmenszoon van Rijn (1606-1669),
Hermitage Museum (San
Petersburgo, Rusia)





Estas dos ilustraciones realizadas por el grabador y dibujante conocido como el Maestro del Gabinete de Amsterdam pertenecen a un manuscrito (*Das Mittelalterliche Hausbuch*, 1480) del último cuarto del siglo xv en donde se abordan distintas temáticas. En la imagen que se reproduce en esta página, titulada *Saturno y sus hijos*, vemos (parte inferior) a un campesino destripando un caballo, mientras un cochino olisquea sus nalgas descubiertas. En la cercanía, en una cueva, hay dos personas inmovilizadas con un cepo; y, en su parte superior y central, un individuo es conducido a la horca de la que aún cuelga un ajusticiado. Cerca, a la izquierda, se observa a una persona padeciendo el suplicio de la rueda, mientras un cuervo lo picotea. Ni la rueda ni la horca son elementos centrales de esta composición, pero forman parte del paisaje en el que están los árboles, las colinas, los labriegos y, por supuesto, los tullidos. La otra ilustración, titulada *Marte y sus hijos*, muestra a unos caballeros saqueando un poblado. En su parte central y superior pueden verse a dos de ellos incendiando edificios (izquierda) y a otro llevándose el ganado, a la vez que golpea a una mujer (derecha), probablemente su propietaria. En la zona inferior, un invasor apuñala a un campesino (izquierda) y otro se apodera de las riquezas de uno de los asaltados (derecha). Detrás, en el pórtico de una iglesia, en la que no falta en su torreón una cigüeña con su nido, un hombre está siendo asesinado. Éstos dos dibujos, de un total de siete, tenían por objeto mostrar la influencia de los astros y los signos zodiacales, de ahí sus títulos, pero sirven para darnos una idea de cuán violenta era la vida al final de la Edad Media

de violencia». Ya que si alguien señala que «en Francia hay más asesinatos que en Hon-

duras», no por eso se puede afirmar que «Francia es más violenta que Honduras». Antes tendríamos que saber cuál es la población de los dos países. Por idéntico motivo, tampoco podríamos aceptar que «India es una nación más rica que España», aunque en términos absolutos su PIB sea mayor, pues sabemos que la renta *per cápita* es un indicador más adecuado para medir la riqueza de una nación. De ahí que, si queremos comparar la violencia experimentada por la humanidad de forma homogénea a lo largo de la Historia, debemos hacerlo en términos relativos a la

población que la ha padecido.

Un indicador muy utilizado para describir el «grado de violencia» es el número de muertes violentas u homicidios/100.000 habitantes/año. Además de ser un índice descriptivo relativo a la población, existen dos importantes razones para fomentar su uso. En primer lugar, porque las cifras de muertes constituyen registros más tangibles que otros sucesos asociados a la violencia, ya que cuando nos remontamos al pasado la veracidad de los hechos documentados pierde fiabilidad. Y, en segundo lugar, porque en los períodos en los que se dispone de datos fiables —no solo de muertes violentas sino también de asaltos, atracos, violaciones y otros actos crueles— se ha podido establecer una gran correlación entre el número de muertes violentas y dichos actos crueles.

Nuestra ignorancia sobre el declive de la violencia se debe más al mero desconocimiento que a la falta de información consistente sobre el tema. Tal vez, porque lo

malo vende más que lo bueno, a lo que se suma que los políticos no suelen hacer campaña resaltando lo mejor que existe en la sociedad sino lo peor, para corregirlo si son elegidos.

Sea como fuere, el hecho es que el grueso de la información que circula se centra en las desgracias, lo que oculta una realidad: la violencia ha ido declinando a lo largo de la Historia.

Pero aún más interesante que lo anterior es su punto de vista sobre el porqué de ese declive. Pinker empieza por rechazar lo que podría ser una explicación plausible: que la naturaleza humana haya mejorado a lo largo del tiempo, al no encontrar pruebas de que en la actualidad nuestra tendencia a la violencia sea significativamente menor que en tiempos pasados. De lo que se desprende que todo aquello que nos predispone o nos pone en contra de la violencia —en su terminología «los demonios y los ángeles que llevamos dentro»— permanece inalterado. Para él, serían las *circunstancias* en las que se desenvuelve el ser humano las que han ido cambiando con el tiempo y, por lo tanto, las que han inclinado la balanza a favor de nuestros *ángeles*.

Su argumentación no resulta desdeñable ya que si son las circunstancias y no la naturaleza humana lo que nos inclina o no a la violencia, nuestro perfeccionamiento deberíamos buscarlo más por el camino analítico y empírico que por el de la moralidad. Así, por ejemplo, en lugar de insistir



con prédicas en la inmoralidad que supone robar, quizá, resultara más útil esforzarse en evitar las circunstancias que propician dicha conducta, idea que resume muy bien el refrán: «la ocasión hace al ladrón».

Pasemos, ahora, a analizar los procesos históricos y las fuerzas subyacentes a ellos que —según nuestro autor— han conducido al declive de la violencia, para finalizar describiendo tanto los *demonios* que la humanidad ha ido conteniendo como los *ángeles* que ha ido fomentando.

1. Los procesos históricos

A través de *seis procesos* que se superponen y resumiremos a continuación, Pinker nos muestra que las causas inmediatas del declive de la violencia son notorias desde antiguo y, además, su espectro es muy amplio, al abarcar desde la guerra y el genocidio hasta el maltrato animal.

1.1 *El Proceso de pacificación*

Pinker enfrenta dos versiones clásicas y antagónicas sobre el hombre primitivo. La de Thomas Hobbes (1588-1679), quien consideraba que en estado natural su existencia era «solitaria, pobre, desagradable, violenta y corta» (*Leviatán*, XIII.9; 1651). Y la Jean Jacques Rousseau (1712-1778), quien dejó escrito que «nada puede igualar en dulzura [al hombre] en su estado primitivo... El ejemplo de los salvajes... parece confirmar que el género humano estaba hecho para permanecer siempre en él... y que todos los progresos ulteriores han sido... hacia la decrepitud de la especie» (*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, II; 1754). ¿Quién tenía razón? Para nuestro autor, hoy, contamos con dos instrumentos apropiados para resolver el dilema: la arqueología forense y el análisis estadístico de las tasas de violencia en sociedades contemporáneas que aún son equiparables a las de los cazadores-recolectores.

Por ello, nos expone los resultados de diversos trabajos de arqueología forense de los que se puede colegir que alrededor de un 15% de los cazadores-recolectores fallecía violentamente. Un porcentaje muy alto. Pues al compararlo con algunas cifras del siglo pasado se ve que solo el 0,7% de la población europea y norteamericana murió por causa de la guerra. Si somos muy estrictos y a esas muertes añadimos las producidas indirectamente por ella (como las debidas a enfermedades o hambrunas) y las purgas y genocidios (como las de algunos regímenes comunistas), la cifra escasamente llega al 3%. Más aún, los fallecimientos habidos en todo el mundo en el siglo XXI por la violencia política (guerras, terrorismo, genocidios, milicias y señores de la guerra) apenas si alcanza al 0,03% de la población.

Estos datos los complementa con los provenientes de estudiar las sociedades de

cazadores-recolectores, cazadores-horticultores y otro tipo de sociedades tribales contemporáneas carentes de Estado, cuya media anual es de unas 500 muertes/100.000 habitantes/año por causa de la guerra; cifra que contrasta vivamente con la calculada para las naciones especialmente afectadas por la violencia política durante el siglo XX: 144 muertes/100.000 habitantes/año para Alemania; 135 para Rusia; 27 para Japón y 3,7 para EEUU. Y, cuando considera toda la violencia organizada (guerras, genocidios, purgas y hambrunas antropogénicas) en el mundo durante dicho siglo, el resultado es de 60 muertes/100.000 habitantes/año. Lo que le permite afirmar que la humanidad ha vivido una progresiva *pacificación* que se inició con las primeras sociedades agrícolas — hace unos 10.000 años— y tuvo su culmen en los grandes períodos de paz históricos, en los que las muertes por conflagración se redujeron de forma extraordinaria como sucedió en la *Pax Romana* (27 aC al 180 dC), la *Pax Mongólica* (s. XIII y XIV) o la *Pax Hispanica* (1598-1621).

Sin embargo, para él no existen pruebas de que el proceso de pacificación se iniciase solo porque vivir en paz sea, *per se*, algo deseable. Cree más probable que los jefes de los grupos humanos se percataron de que los asaltos, saqueos y enfrentamientos jugaban en su contra, pues sus súbditos resultaban más rentables vivos, produciendo bienes y pagando tributos. Más que el bienestar del pueblo, posiblemente, la motivación de los caudillos tribales para impedir la guerra fuera análoga a la del pastor que evita que su ganado se agreda entre sí (pues ello le supone la pérdida de ejemplares valiosos).

1.2 *El proceso de la civilización*

El hilo conductor de este apartado —como anuncia su título— es el ensayo de Norbert Elias (1897-1990) *El proceso de la civiliza-*

ción: investigaciones sociogenéticas y psicone-ticas (1939), según el cual con el paso de la Edad Media a la Modernidad se aceleró el *proceso de la civilización*. Los estados señoriales fueron consolidándose en grandes reinos centralizados en los que los señores feudales y los caballeros terminaron delegando su autoridad en lo que se conoció como la «justicia del rey». Y conforme la justicia criminal se *nacionalizaba* fue desarrollándose una creciente infraestructura de comercio en la que el dinero, los contratos, el transporte y el adecuado registro de las transacciones hicieron que las guerras intestinas y los saqueos fuesen menos rentables que dedicarse al mercadeo.

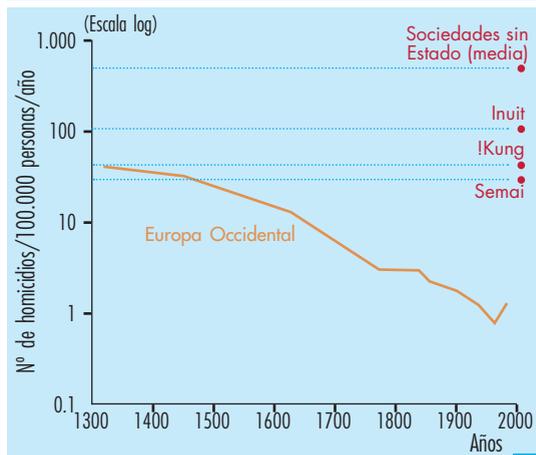
En los siglos previos a ese avance civilizador (que en nuestro caso fue notablemente impulsado por los Reyes Católicos, recuérdese, por ejemplo, la Guerra de los Remensas), los caballeros medievales constituían el equivalente a lo que hoy conocemos como señores de la guerra. Los reyes, que no tenían ejército permanente, eran simplemente los nobles más importantes, aunque incapaces de controlar su reino. Los caballeros hacían la guerra con gran ímpetu y con los mismos objetivos: saquear, destruir cosechas, graneros y herramientas, y matar y herir cuantos más campesinos mejor.

Sus maneras eran toscas, comían con las manos ayudados de un cuchillo de campaña que llevaban siempre consigo. Las torturas y ejecuciones públicas eran habituales (figuras pp. 268-269). Y, para acreditar su potencial bélico, participaban en sangrientos torneos que justificaban con una retórica que incluía términos como valor, honor, gloria, galantería o caballerosidad. Su comportamiento resultaba contradictorio, ya que eran capaces de manifestar una inmensa piedad y devoción con la misma facilidad que cometían actos de una crueldad impensable hoy día. En términos generales,

sus emociones tenían menos frenos que en la actualidad. Pero, poco a poco, con el tiempo, la vanguardia de la humanidad se fue alejando de esas bárbaras costumbres; la sociedad se fue civilizando y los homicidios y crímenes asociados con aquella forma de ser fueron disminuyendo paulatinamente. Hasta que, curiosamente, a mediados del siglo pasado sufrimos un extraño repunte sobre el que volveremos más adelante.

En la figura 1, tomada de la obra de Pinker, puede verse el declive de la tasa de homicidios anuales por cada 100.000 habitantes entre el año 1300 y el 2000. La línea representa la media geométrica de cinco importantes regiones de Europa occidental y en su segmento final puede apreciarse el repunte que se acaba de mencionar (tén-gase presente que la escala es logarítmica). Como comparación se ha incluido la tasa correspondiente a la media geométrica de 21 sociedades contemporáneas carentes de Estado, excluyendo las tres menos violentas (Inuit, !Kung y Semai) que se representan aparte. Así, puede observarse que Europa occidental registraba en el año 1300 cerca 40 homicidios/100.000 habitantes/año y

Figura 1. Tasas de homicidios en Europa Occidental (a lo largo del tiempo) y en tres sociedades primitivas sin Estado



Fuente: S. Pinker, 2012.

que hacia el siglo pasado la tasa se situó alrededor de 1 (no olvidemos que hoy los crímenes se juzgan y condenan en mucha mayor proporción que hace siglos). También puede verse que las sociedades tribales contemporáneas menos violentas (Inuit, !Kung y Semai) lo son tanto como las de nuestros antepasados medievales, y que las *más* violentas tienen una tasa media de unos 400 homicidios/100.000 habitantes/año; esto es, unas 400 veces más que la europea actual (¡una diferencia considerable!).

Merece la pena profundizar en el aumento de homicidios habido durante la segunda mitad del siglo xx (figura 1), ya que se puede aprender mucho de su análisis. Se trata de un hecho que se manifestó prácticamente en toda Europa y Norteamérica. En las figuras 2 y 3, tomadas también de la obra que comentamos, se puede apreciar que a ambos lados del Atlántico el repunte se inició en la década de los años 60 y volvió a declinar en la de los 90.

En EEUU, la tasa de homicidios a lo largo del siglo pasado fue de por sí muy superior a la de Europa, por eso su ascenso tuvo una repercusión social más marcada. Cuando el Viejo Continente pasó de tener una tasa media de casi 1 a cerca de 2

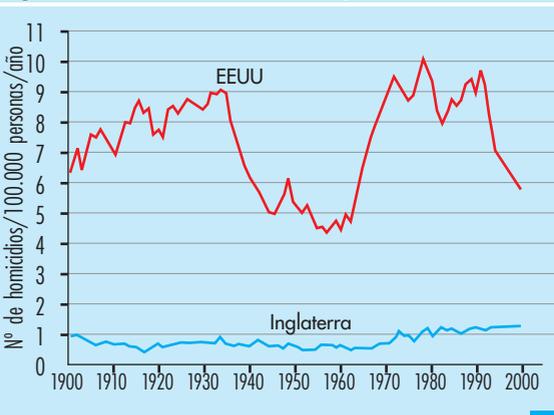
(alarmante, aunque menor que la del siglo xix), en EEUU la tasa trepó desde una mínima de 4 (en 1957) a una máxima de 10,2 (en 1980).

El peligro en la calle se convirtió en el tema favorito del cine y la televisión en el mundo occidental. Aunque EEUU y, particularmente, Nueva York se erigieron en el epítome del inquietante fenómeno que, como era de esperar, se acompañó de un claro incremento de violaciones, atracos, robos y otros actos violentos.

Todavía a principios del siglo xxi nadie podía explicar por qué había sucedido todo eso, ya que lo esperable era lo contrario: una disminución de la violencia; al haber sido la década de los años 60 una período de crecimiento económico, prácticamente sin desempleo y con menor desigualdad económica que la que padecemos ahora. Además, resultaba curioso que una época en la que habían proliferado los eslóganes a favor de la *paz* y el *amor* registrase una tasa de criminalidad no vista en los años previos, que habían estado marcados por adversidades como la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y la posguerra.

Una explicación muy aceptada hace unos años fue una interpretación demográfica conocida como «Teoría del aborto» y popularizada en el *best seller* titulado *Freakonomics: Un economista políticamente incorrecto explora el lado oculto de lo que nos afecta* (2005). De acuerdo con sus autores (Steven D. Levitt y Stephen J. Dubner) el *baby boom* de la posguerra se acompañó de una gran cantidad de nacimientos no deseados, pues el aborto era ilegal. Y, con el paso del tiempo, los *jóvenes no deseados* entraron en la edad proclive al crimen precisamente a principios de la década de los 60. Sin embargo, una vez que el aborto se legalizó a mediados de la década de los 70, el fenómeno se

Figura 2. Tasas de homicidios en EEUU e Inglaterra entre 1900 y 2000



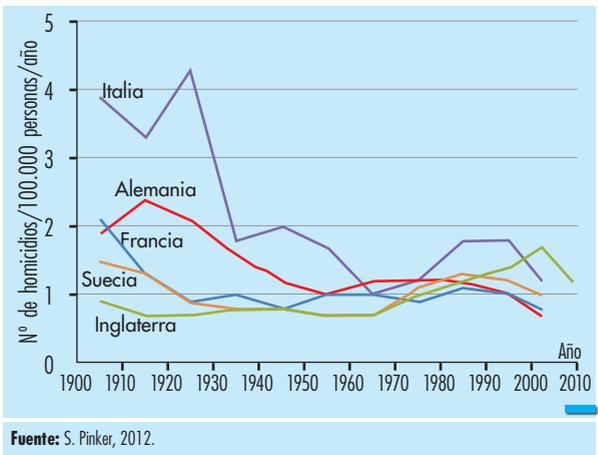
Fuente: S. Pinker, 2012.

extinguió (ya que los embarazos dejaron de ser no deseados), por lo que en la década de los 90 el nivel de criminalidad bajó.

Este razonamiento no convence a Pinker y encuentra más acertada para explicar el fenómeno la «Teoría de las ventanas rotas»², introducida en 1982 por los sociólogos James Q. Wilson y George L. Kelling y popularizada por Rudolph Giuliani (alcalde de Nueva York a mediados de la década de los 90). Según esta teoría, la dejadez, el desorden, la suciedad o la violencia propician las conductas delictivas. Así, un cristal roto en una ventana que no se repara constituye un reclamo para romper otros; o un lugar lleno de basura acaba convertido en un vertedero. De forma análoga, la impunidad invita a que se cometan más delitos como sucedió a principios de la década de los 60, hasta que la sociedad se hartó y el gobierno norteamericano, en la década de los 80, comenzó a reforzar su aparato policial e inició una campaña de encarcelamiento masivo (la población de reclusos se quintuplicó).

Para nuestro autor, la impunidad surgió porque el *proceso de la civilización* sufrió un parón. Históricamente, dicho proceso había consistido, entre otras cosas, en un fluir de normas y maneras desde la clase alta a la clase baja. Por ejemplo, cuando siglos antes la clase dirigente empezó a interiorizar que era más rentable desarrollar habilidades para comerciar que para guerrear, comenzaron a imponerse unas conductas sociales distintas. Éstas, a su vez, fueron imitadas y adoptadas por las clases populares, ya que emularlas les proporcionaban un mayor estatus. Pero la consolidación de la democracia trajo una reducción sustancial de la desigualdad entre los ciudadanos, que supuso el cuestionamiento de los gustos y maneras de la clase

Figura 3. Tasas de homicidios en 5 países de Europa Occidental (1900-2010)



dirigente. Y, dado que había muchas cosas que objetar —desde la guerra al racismo pasando por el machismo—, el descrédito de las clases altas poco a poco se fue extendiendo entre la población.

No niega que la nivelación de las clases sociales y los cuestionamientos surgidos fueran, en términos generales, algo positivo. Aunque tuvieron, como efecto secundario, el desprestigio generalizado de la clase dirigente que llevaba siglos a la vanguardia de la adopción de usos y costumbres cada vez más contenidos y formales, o, dicho de otra manera, *más civilizados*. Y el resultado fue el desarrollo de una contracultura que tuvo una influencia en sentido contrario al visto hasta entonces: la «formalidad», que había fluido desde la clase alta hacia la clase baja, se transformó en una «informalidad» que ahora llega a la clase dirigente desde las calles. Entre los ejemplos más visibles podemos señalar la forma de vestir o, en nuestro medio, el paulatino abandono del «usted» en las relaciones interpersonales.

Pero no nos apresuremos a concluir que la famosa contracultura de la década de los 60 que, entre otras cosas, abogaba por la espontaneidad frente al autocontrol y menospreciaba el matrimonio y la vida



familiar tradicional —que a su vez había constituido uno de los factores más disuasorios de la violencia juvenil—, fuese la causa del aumento de la violencia. Lo que sucedió, según Pinker, fue una combinación de ambos factores. Probablemente, los nuevos valores emergentes impulsaran tanto la contracultura como una permisividad que culminó en la impunidad, y ésta, a su vez, fue la causa del repunte de la violencia. Sin que se pase por alto que la generalizada racionalización de la conducta descontrolada en aquellos años (recordemos el famoso «take a walk on the wild side») contribuyera

a que legisladores y jueces fuesen reacios a castigarla, pues se *veía mal* denostar todo aquello... Hasta que la sociedad —como se ha dicho— simplemente se hartó.

Cuando compara la carga de violencia que existe hoy en canciones, películas o videojuegos con la de aquella década, no encuentra tan obvio que la contracultura de entonces fuese la causa del aumento de la criminalidad.

En resumen, para este autor, lo que fomenta la violencia es su impunidad. Algo así como que un aficionado a los videojuegos llegase a creer que la violencia que



práctica en el mundo virtual carece de consecuencias en el mundo real.

1.3 La Revolución Humanitaria

Sin embargo, el proceso de la civilización no pudo evitar que tradiciones tales como la caza de brujas, las persecuciones religiosas, los duelos entre caballeros o la esclavitud fueran aceptadas en mayor o menor medida en Occidente. Como señala el autor, la esclavitud existió en todo el mundo, la Biblia no la condenaba, y filósofos de la talla de Platón o Aristóteles la veían como «una institución natural que era esencial para civilizar la sociedad». Pero quizá era aún peor la crueldad con la que

se mantenía el orden público. Así, por delitos que no eran de sangre, el transgresor podía ser quebrado en la rueda, quemado en la hoguera, serrado por la mitad o empalado (figuras pp. 268-269). La situación empezó a cambiar radicalmente durante los siglos XVII y XVIII, en las llamadas Edades de la Razón y de la Ilustración, constituyendo un gran avance la abolición de la tortura judicial³ en prácticamente todas las naciones occidentales entre los siglos XVII y XIX. Muy posiblemente por el simple hecho de que descubrieron que no funcionaba.

Pinker relata el caso de un juez milanés que, contagiado por el mejor espíritu científico de la época, decidió experimentar sobre este hecho y acusó a uno de sus sirvientes de un falso robo de una mula. Tras torturarlo, confesó el robo, lo que motivó al juez a abolir la tortura en su corte por considerarla inútil. También relata una historia en la que un duque de Brunswick, en Alemania, invitó a dos intelectuales jesuitas a supervisar un proceso de tortura por brujería llevado a cabo por la Inquisición. Estando los jesuitas en presencia de la supuesta bruja mientras era torturada, el propio duque la interrogó e instó a que confesase que los jesuitas presentes en realidad eran dos brujos. Sucedió lo esperado, la supuesta bruja no sólo confesó sino que abundó en detalles acerca de cómo llevaban a cabo su brujería. Los jesuitas quedaron tan impresionados que uno de ellos, el padre Friedrich Spee (1591-1635), escribió *Cautio Criminalis* («Precauciones para los acusadores», 1631), obra a la que se le atribuye el final de las acusaciones por brujería en gran parte de Alemania.

Con respecto a la pena de muerte, hoy es sumamente cuestionada y nos repelen las bárbaras ejecuciones que aún suceden. El autor abunda en datos sobre cómo ha ido desapareciendo dicha punición, además de recordarnos que antes, en Europa, se ejecutaba a las personas por crímenes menores, tales como la caza furtiva, la falsificación, el estar en compañía de gitanos, la existencia de una «fuerte evidencia de malicia en niños de 7 a 14 años», el robo, la sodomía o la brujería.

Para Pinker, la invención de la imprenta constituye la causa inmediata de la *revolución humanitaria*, ya que el incremento generalizado de riqueza en la población, otra de las posibles causas de la disminución de la violencia, no tuvo lugar hasta la

Revolución Industrial, iniciada en Inglaterra en el siglo XVIII para, luego, extenderse a gran parte de Europa occidental y EEUU en las primeras décadas del siglo XIX. Además, la progresiva alfabetización habida desde finales del siglo XV, acompañada de un enorme incremento en la eficiencia de la publicación de libros, hizo que al terminar el siglo XVIII una mayoría de ciudadanos franceses supiese leer y escribir (avance que no se extendió a otros países europeos hasta finales del siglo siguiente). De hecho, el término *Ilustración* fue adoptado por su innegable propósito de disipar, mediante las luces de la razón, las tinieblas —la ignorancia o la superstición— en las que vivía la Humanidad. Porque, como bien decía Voltaire, «aquellos que pueden hacer que creas en cosas absurdas, pueden hacer que cometas atrocidades».

1.4 La Larga Paz

Pese al cambio revolucionario que impulsó la Ilustración, las guerras fueron cada vez más letales. Los avances tecnológicos lograron que la estadística fuese en dirección contraria. Las muertes en batalla/país/año iban al alza. Mientras más se tecnificaba la guerra, aunque durara menos, más muertes ocasionaba. Pero esta alarmante tendencia se invirtió a partir de 1946. Durante este proceso, que el autor denomina «La Larga Paz», junto a esa reducción de muertes, hemos vivido una disminución sin precedentes en el número de guerras entre naciones. Un hecho insólito, ya que desde 1400 las naciones europeas iniciaban una media de dos conflictos bélicos por año. Por último, recordemos que desde la Segunda Guerra Mundial nunca más se han empleado armas nucleares y que no hemos vuelto a vivir genocidios de la magnitud de los registrados en el siglo pasado (tabla 1). Las causas inmediatas de este proceso se analizan en el siguiente apartado.

1.5 La Nueva Paz

Desde el final de la Guerra Fría, en 1989, en todo el mundo ha disminuido el número de conflictos organizados de cualquier tipo. Desde guerras y genocidios hasta las represiones autocráticas y los ataques terroristas. Particularmente disminuyeron las guerras civiles en las nuevas naciones independientes, ya que muchas habían sido apoyadas y avivadas por las potencias enfrentadas durante la Guerra Fría. Y más importante aún, el número de muertes en el campo de batalla/país/año siguió decreciendo de manera considerable, tanto en las interestatales como en las civiles internacionales y en las locales. Si a mediados de la década de los 80 morían en torno a cinco personas en el campo de batalla por 100.000 habitantes/año, en la década iniciada en el 2000 la cifra estaba ya muy por debajo de uno.

Las condiciones para la *Larga Paz* fueron propuestas hace unos 200 años por Immanuel Kant en su ensayo *Sobre la Paz Perpetua* (1795). El filósofo sostenía que la paz entre los hombres «no es un estado natural (*status naturalis*)», por lo que propuso tres «Artículos definitivos» para su instauración perpetua y que pueden resumirse así: *a*) la constitución de cada Estado en una república (o democracia); *b*) la creación de una federación de pueblos libres garante de los derechos y la libertad de todos los Estados federados, y *c*) el derecho del extranjero a no ser tratado con hostilidad fuera de su tierra. Condiciones que se han consolidando o reforzado de manera notable a partir de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, merece la pena señalar un aspecto particularmente llamativo: solemos olvidarnos de que siempre han existido el genocidio y el terrorismo.

Con respecto al genocidio, para ilustrar lo que en su día se consideraba «normal», Pinker nos remite a un pasaje de la *Biblia*. Cuando los israelitas se dirigían a la

Tierra Prometida se encontraron con los madianitas. Siguiendo las órdenes de Dios, mataron a todos los hombres, quemaron su ciudad, saquearon su ganado y apresaron a las mujeres y los niños. Pero a su regreso, a Moisés le pareció poco, entre otras cosas, porque habían perdonado a las mujeres y algunas de ellas ya habían inducido a los israelitas a adorar a dioses rivales. Por ello, les ordenó que completasen el genocidio: «Ahora, por lo tanto, matad a todo varón entre los pequeños y a toda mujer que hubiese conocido varón recostándose con él. Pero a todas las niñas, aquellas que no han conocido varón recostándose con él, mantenedlas vivas para vosotros mismos» (Números 31,17-18).

En relación al terrorismo, Pinker resume los hechos afirmando que «aunque la guerra, el genocidio y el terrorismo no han declinado en las dos últimas décadas

hasta alcanzar un valor cero, las cifras señalan una disminución muy notable». De acuerdo con los datos que nos aporta en su obra, entre 1970 y 2005, la muertes por terrorismo/100.000 habitantes/año en el mundo pasaron de 0,12 a menos de 0,04 (recuérdense las tasas de homicidios ya mencionadas). Estadísticas posteriores a la publicación de esta obra, por ejemplo, el Índice de Terrorismo Global⁴ elaborado por el Institute for Economics & Peace (www.economicsandpeace.org), nos dicen que en 2013 en el mundo murieron alrededor 18.000 personas en ataques terroristas. El 82% de las víctimas se concentró en solo cinco países: Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria, como muestra la figura 4, que también nos dice que entre 2012 y 2013 hubo un importante repunte de muertes por ataques terroristas, al aumentar en un 61%.

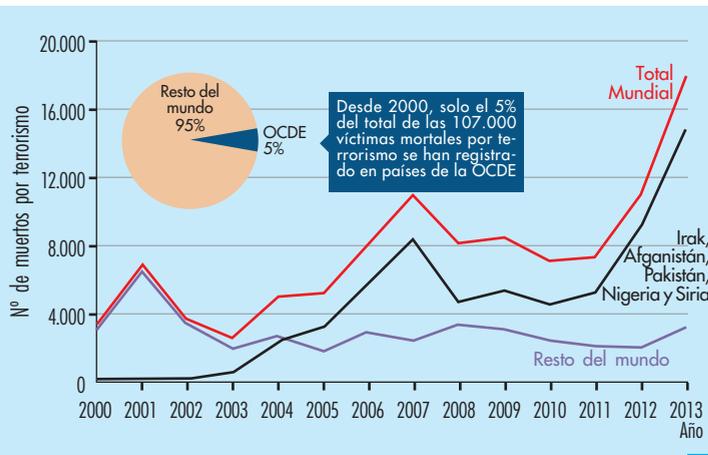
Tabla 1. Dictadores más sanguinarios del siglo xx

| Dictador | Ideología | Régimen | Años | Asesinados | Nota |
|-------------------|-----------------------|------------|-----------|------------|------|
| Joseph Stalin | Comunista | URSS | 1929-1953 | 42.672.000 | (1) |
| Mao Zedong | Comunista | China | 1923-1976 | 37.828.000 | (2) |
| Adolf Hitler | Fascista | Alemania | 1933-1945 | 20.946.000 | |
| Chiang Kai-shek | Militarista/ Fascista | China | 1921-1948 | 10.214.000 | (3) |
| Vladimir I. Lenin | Comunista | URSS | 1917-1924 | 4.017.000 | (4) |
| Tojo Hideki | Militarista/ Fascista | Japón | 1941-1945 | 3.990.000 | (5) |
| Pol Pot | Comunista | Camboya | 1968-1987 | 2.397.000 | (2) |
| Yahya Khan | Militarista | Pakistán | 1971 | 1.500.000 | (6) |
| Josip Broz Tito | Comunista | Yugoslavia | 1941-1987 | 1.172.000 | (2) |

Fuente: Datos tomados del sitio web (goo.gl/td8YH0) del profesor Rudolph J. Rummel (1932-2014).

Notas de R. J. Rummel: (1) Solo ciudadanos. (2) Incluyendo su período de guerrilla. (3) Incluyendo su período de «señor de la guerra» (entre 1949 y 1975 gobernó Taiwán de forma autoritaria). (4) Incluye también una tercera parte del «democidio» por causa de la llamada «Nueva Política Económica» (NEP) durante el período 1924-1928. (5) Estimada la mitad del «democidio» en China más el de la Segunda Guerra Mundial. (6) Distintos estudios sitúan esta cifra entre 300.000 y 3 millones. («Democidio» es un término acuñado por Rummel en su libro *Death by Government*, véase: goo.gl/biq34D.)

Figura 4. Número de muertos por terrorismo en el mundo entre 2000 y 2013



Fuente: *Global Terrorism Index Report, 2014*, Institute for Economics & Peace (goo.gl/hvlnyj).

orden de tres afroamericanos por semana en EEUU y que esta bárbara costumbre no desapareció por completo hasta fecha tan reciente como la pasada década de los años 50 (¡ayer mismo!).

Pinker es exhaustivo con respecto a las *Revoluciones de los Derechos*. Pero dado que gran parte de ellas continúan su marcha en la actualidad, los cambios que han originando —y que siguen en marcha— no nos llaman tanto la atención.

Al objeto de que el lector pueda hacerse una idea más cabal se transcriben los últimos datos recopilados por el Banco Mundial sobre la tasa de homicidios/100.000 habitantes para 2012: en España, Portugal y Francia fue de 1; en EEUU de 5; en México de 22; en Venezuela de 54, y en Honduras de 90. Este país tuvo la tasa más alta homicidios, mientras que la más baja, una tasa cero (las cifras están redondeadas), se registró en países como Liechtenstein, Kuwait o Singapur⁵. En ese año se contabilizaron en el mundo 440.000 homicidios. En todo caso, tómense las cifras como orientativas⁶.

1.6 Las Revoluciones de los Derechos

La «Declaración de los Derechos Humanos» de 1948 inauguró un período de creciente repulsa a todo tipo de violencia que en la década siguiente se hizo extensivo a grupos vulnerables específicos. El proceso —que Pinker denomina de «Las Revoluciones de los Derechos»— ha abarcado a minorías raciales, mujeres, niños, homosexuales, e incluso ha llegado a los animales. Recordemos que a finales del siglo XIX se linchaban del

La violencia de género ya no se ve como algo «que sucede, sin más», las violaciones tienden a la baja y cada vez son más las naciones que dejan de criminalizar la homosexualidad y condenan el castigo corporal a los niños. Asimismo, los países que discriminan a las minorías étnicas disminuyen, mientras aumentan los que adoptan políticas específicas para protegerlas.

En relación a los animales, en una charla sobre su libro impartida en mayo de 2013 en la Universidad de Edimburgo⁷, Pinker resumió la tendencia en tono de broma comentando que ya casi no se filman películas en las que un animal pueda resultar dañado durante el rodaje.

Ciertamente, queda mucho camino por andar, pero en términos comparativos el avance ha sido considerable.

2. Las fuerzas históricas que promueven los ángeles que llevamos dentro

Subyacentes a los «seis procesos» vistos, Pinker identifica también «cinco fuerzas históricas» que, reforzándose entre sí, in-

crementan los incentivos materiales, emocionales y cognitivos para que las partes eviten simultáneamente que un agresor en potencia sienta la tentación de aprovecharse de una posible víctima. Estas fuerzas históricas han contribuido a que interioricemos el hecho de que, a la larga, la violencia es más perjudicial que beneficiosa. Veámoslas:

1. *El Leviatán*. Éste es el término con el que Hobbes se refería a un Estado fuerte, centralizado y capaz de erigirse en el único y legítimo administrador de la Justicia y la violencia. Lo que explica el vacío de poder provocado por el proceso de descolonización diera lugar a estados fallidos, donde florecieron —y aún florecen— las mafias, los señores de la guerra y las más variadas formas de terror. Cuando un Estado no es fuerte, los individuos viven bajo la lógica del ataque preventivo, como forma de anticiparse a una agresión potencial. Esto crea un círculo vicioso de violencia difícil de romper, que convierte la vida en una *vendetta* inacabable.
2. *El Comercio gentil*. Montesquieu en su obra *El espíritu de las leyes* (1747) señaló que «es casi una regla general que allí donde las costumbres son gentiles [*moeurs douces*] hay comercio; y que dondequiera que hay comercio las costumbres son gentiles» (Lib. XX, cap. 2). Pinker refrenda esta idea apoyándose en Smith y en Kant, y resalta que el comercio *no* es un juego de suma cero, por lo que, a diferencia de lo que sucede en la guerra o el saqueo, en el intercambio comercial *ambas* partes pueden salir ganando. Esto hace que el beneficio que se puede obtener del comercio se convierta en algo más importante y atractivo que cualquier conflicto. Por otro lado, somos testigos de ello, las TIC están permitien-

do que los intercambios comerciales se produzcan entre grupos de personas más grandes que, además, habitan en lugares muy distantes.

3. *Feminización*. Los avances culturales han hecho que cada vez se aprecien y respeten más los intereses y valores de las mujeres. Pinker sostiene que, dado que la violencia es más bien un *pasatiempo* masculino, las culturas que respetan a las mujeres y fortalecen y facultan los valores femeninos tienden tanto a rechazar la glorificación de la violencia como a no desarrollar subculturas de hombres jóvenes violentos y desarraigados.
4. *El Círculo Expansivo*. Es un término tomado de la obra *The Expanding Circle: Ethics and Sociobiology* (1981) del filósofo Peter Singer con el que quiso subrayar la capacidad del ser humano para *ponerse en el lugar del prójimo* y que, por defecto, se aplica a la familia o los amigos, habiéndose ampliado a lo largo de la Historia también al poblado, al clan, la tribu, la nación, a otras razas, a ambos sexos, e incluso se está extendiendo a otras especies.

Un importante motor de este fenómeno es lo que podríamos llamar el «cosmopolitismo». O, dicho de otra forma, la imprenta, la alfabetización, los medios de comunicación, la movilidad, la Internet, la *aldea global* y las redes sociales han hecho posible proyectar nuestra propia vida en la de otros y viceversa. De lo que se desprenden cambios paradigmáticos de los viejos prejuicios. La Historia y lo que estamos experimentando en las últimas décadas indican que las reformas humanitarias han ido precedidas —o acompañadas— por nuevas tecnologías que han facilitado la difusión de ideas y el intercambio de experiencias de una manera más global y eficaz.



5. *El Escalador de la Razón*. En general, una mejor Educación anima a las personas a pensar en términos más racionales, abstractos y universales. El razonamiento ha ido reemplazando la moral tribal, la fe ciega en lo que dice la autoridad y el puritanismo. Una ética cimentada en la equidad y en valores universales permite ver la futilidad de los ciclos de violencia, transformando los conflictos más en un problema a resolver que en una competición que hay que ganar. Las sociedades con individuos mejor instruidos tienden a ser menos violentas y más cooperativas, liberales y receptivas a los principios democráticos.

Llama la atención que en la ya mencionada charla en la Universidad de Edimburgo, Pinker hablara solamente de cuatro fuerzas históricas. Omitiendo la «feminización» y sin aclarar el porqué.

3. Conclusión

El ser humano no es *per se* bueno ni malo. Poseemos capacidades para orientarnos tanto hacia la violencia como hacia la cooperación o el altruismo. No obstante, las «fuerzas históricas» identificadas por Pinker nos muestran que hemos podido ir afinando la manera de contener los *demonios* y

potenciar los *ángeles* que llevamos dentro.

La violencia se desencadena por medio de distintos mecanismos psicológicos, que pueden activarse según las circunstancias medioambientales y liberar los *demonios* que llevamos dentro, dando lugar a: la «violencia instrumental», que se despliega como un simple medio para conseguir un fin; la «dominación», ese deseo de autoridad, prestigio, gloria y poder que se apodera de ciertas personas o grupos; la «venganza», tras la que subyace una moral de restitución, castigo o justicia; o la «ideología utópica», basada en un particular sistema de valores que justifica la violencia sin límites con tal de alcanzar un supuesto bienestar, también ilimitado (como es el caso de las religiones militantes, el nazismo o el comunismo).

Pero también contamos con *ángeles*: el «autocontrol», que nos permite anticipar las consecuencias de nuestros impulsos con el fin de inhibirlos; la «empatía», que nos pone en la piel del otro y hace que alineemos nuestros intereses con los suyos; el «sentido moral», que santifica normas de convivencia en beneficio del grupo, aunque —como se ha señalado— si son normas

tribales, autoritarias o puritanas tienden a incrementar la violencia, y, en fin, la «razón», que nos permite reflexionar sobre la forma en que vivimos nuestras vidas y cómo mejorarlas.



Es un hecho que la Modernidad nos ha traído experiencias más ricas, vidas más longevas y saludables, y menos superstición e ignorancia. Aun así, no faltan nostálgicos del pasado que piensen que todos los beneficios logrados tienen un peaje: vivir con los fantasmas de la guerra, el genocidio o el terrorismo. Todo lo dicho en estas páginas apunta a que esas amenazas, a diferencia de otros tiempos no lejanos, existen en mucha menor medida. Es por ello que Pinker nos invita a rehabilitar la Modernidad y el Progreso, y a sentir gratitud por la Civilización y la Ilustración que lo han posibilitado. A lo que podemos añadir que, aunque surjan nuevos conflictos, como los de Ucrania o el Estado Islámico, no dejan de ser más que pequeños dientes de sierra en una línea que por ahora sigue en descenso. Al menos, así lo deseamos.



Notas

1. Pinker S. Los ángeles que llevamos dentro: El declive de la violencia y sus implicaciones (Transiciones). Barcelona: Paidós, 2012.
2. Wilson JQ, Kelling G. Broken Windows: The Police and Neighborhood Safety. *Atlantic Monthly*, Mar. 1982.
3. Puerta JL. Foucault no ha muerto. *Dendra méd rev humanid* 2014;13(2):226-239 (disponible en: goo.gl/nSVEsn).
4. Véase el «Global Terrorism Index Report, 2014», publicado por el Institute for Economics & Peace (disponible en: goo.gl/hvIryj), donde se clasifica a los países por el impacto de actividades terroristas y analiza las dimensiones económicas y sociales derivadas de ellas. El informe clasifica 162 países, que cubren el 99,6 % de la población mundial, y examina las tendencias desde 2000 a 2013. Los indicadores utilizados incluyen el número de incidentes terroristas, muertes, lesiones y daños a la propiedad.
5. Disponible en: goo.gl/cGPLAi.
6. Para una actualización de los datos y puntos de vista recogidos en la obra aquí reseñada, véase: Pinker S. The Decline of War and Conceptions of Human Nature; en: Gleditsch NP, Pinker S, Thayer BA, Levy JS, Thompson WR. The Forum: The Decline of War. *International Studies Review*, 2013;15:396-419 (disponible en: goo.gl/HbZ5zU).
7. Disponible en: goo.gl/mxelah.